



Las mujeres dominicas en el mundo de hoy¹

Mary O'Driscoll, O.P.

La llamada a la predicación

No hay ninguna duda de **que la llamada a ser una Dominica es una llamada a ser una predicadora**. Las Constituciones Primitivas de la Orden nos dicen: "Esta Orden fue fundada para predicar el Evangelio", y el Documento de Bolonia redactado para toda la Familia Dominicana nos recuerda que "nuestra misión particular es la proclamación de la Palabra de Dios". Las recientes declaraciones sobre las prioridades apostólicas de la Orden nos llaman a estar atentas constantemente al hecho de que para nosotras las Dominicas la "prioridad de todas las prioridades" es predicar. Pertenecer a la Orden de Predicadores y no ser un predicador es por lo tanto una situación insostenible.

¿Qué es, entonces, una predicadora? Se pueden dar muchas respuestas a esta pregunta. La que prefiero es la que describe a una predicadora como alguien que sabe que le ha sido confiada la Palabra de Dios para los demás: alguien que siente urgencia por decir la palabra de la verdad, el amor, la misericordia y la justicia que ella misma ha recibido de Dios en Cristo Jesús. Alguien que, como Pablo, sabe que no debe negarse a proclamarla, aun cuando ella se sienta incapaz o pecadora. Domingo fue un predicador, Catalina fue predicadora, como también Vicente Ferrer, Fray Angélico, Bartolomé de Las Casas, Rosa de Lima, Henri Lacordaire, Catherine Sanzo de China, Margaret Hallahan, Louis Joseph Lebret y otros innumerables en nuestra historia dominicana. ¿Somos nosotras predicadoras? ¿Tenemos nosotras el mismo ardor y deseo compulsivo que tuvieron ellos para compartir con los demás la Buena Noticia que nos ha sido confiada? Si no lo tenemos, las letras "O. P." detrás de nuestro nombre no responden a la realidad, son una burla.

Por supuesto, necesitamos recordar que la Palabra de Dios puede ser predicada de mil maneras distintas. A menudo cuando ustedes mencionan la palabra predicación, algunas personas inmediatamente piensan en un púlpito u otro lugar formal. Pero la Palabra de Dios puede proclamarse en cualquier parte donde la gente se reúna y aún hasta donde haya una sola persona. El capellán del hospital puede ser un predicador. También el maestro y el profesor de secundaria, el director de retiros, el animador en la comunidad, el que trabaja en la pastoral, el cocinero, el que visita las cárceles, el escritor, el artista, el jubilado y la hermana enferma. Vicente de Couesnongle, cuando era Maestro de la Orden, nos recordaba que el púlpito no es a menudo el mejor lugar para predicar el Evangelio. Siempre estaba diciendo a sus hermanos dominicos que necesitaban buscar **nuevos lugares de predicación** porque no pueden estar contentos al "predicar solamente desde un púlpito dentro de una Iglesia".

Aunque podamos entristecernos de que como mujeres, pertenecientes a los no-ordenados en la iglesia, se nos niegue jurídicamente el derecho a predicar en el contexto de la celebración eucarística y haber tenido consecuentemente que encontrar nuestros lugares de predicación fuera del edificio de una Iglesia, podemos estar felices al saber que a causa de esto **hemos aprendido a ser flexibles y creativas en nuestra predicación**. Este siempre ha sido el caso de las mujeres en la Orden. Piensen, por ejemplo, en Catalina de Siena. Si alguna vez hubo alguien que experimentó la urgencia de predicar el Evangelio, ésta fue Catalina. Si alguna vez hubo una mujer que estaba atenta a los nuevos lugares de predicación, fue ella.

Pero Catalina no fue la única mujer Dominica en nuestra historia con el carisma de predicar de nuevas maneras y en nuevos lugares; más bien, esto ha sido característico de muchas de nuestras mujeres. A través de nuestra historia me ha deleitado descubrir mujeres entusiastas en cada siglo desde el comienzo de la Orden quienes en respuesta a las necesidades concretas de sus contemporáneos, particularmente los pobres y los marginados, fueron movidas a salir para compartir con ellos la Buena Noticia del amor de Dios. Y me parece a mí que a causa de que estas mujeres eran libres de status clerical en la iglesia podían a menudo expresar, más libremente y creativamente que sus hermanos, la misión de la Orden de predicar el Evangelio. Como ellas, nosotras también nos encontramos en mejor situación para responder al llamado de la Orden a estar siempre alertas a los nuevos y relevantes lugares de predicación.

Hoy, cuando buscamos relevantes lugares de predicación, hacemos lo que siempre se ha hecho en los

mejores momentos de predicación en la Orden, a saber: buscarlos en el contexto del mundo real en el cual vivimos.

Mujeres predicadoras

¿Se nota alguna diferencia en la tarea de predicar el Evangelio cuando lo hace una mujer y no un hombre? Pienso que sí. Al hacer esta afirmación por supuesto reconozco que mucho de lo que denominamos experiencia femenina, mucho de lo que involucra "ser-mujer" en nuestra sociedad no es intrínseco sino que ha sido adquirido a través de un largo proceso de acondicionamiento. Se sabe generalmente que aparte de diferencias puramente biológicas entre los sexos, la mayoría, si no todas, de las otras diferencias son relativas a una cultura dada. No obstante, sin entrar en la materia, pienso que todas estaríamos de acuerdo que, la cualidad de "ser-mujer" le da un color especial a la existencia de una persona, y que consecuentemente el "ser-mujer" le da un color especial al ser dominica, como obviamente, "ser varón" le da un color especial al ser dominico. Sé que es difícil señalar con exactitud qué es este color especial, aunque pienso que todas somos conscientes de que hay una diferencia entre la manera en que una mujer proclama y revela la Palabra de Dios y el modo en que un varón lo hace, no necesariamente mejor, ni peor, sino diferente. Piensen por ejemplo en la diferencia entre la predicación de Domingo y Catalina. Cuando una mujer dominica proclama la Palabra, si es fiel y verdadera, debe hacerlo desde su propia experiencia de cómo ilumina la condición humana y desde su experiencia femenina de la condición humana.

Recuerden que Domingo, en respuesta a las apremiantes necesidades de su época decidió permanecer en el sur de Francia y convertirse en predicador de la Verdad y el Amor de Dios. Con su Obispo Diego, se dio cuenta de que la condición más importante para una predicación efectiva era un estilo de vida Evangélico. Sabía que, solamente tendría derecho a predicar el Evangelio si primeramente lo vivía. Por eso hizo una elección muy consciente en favor de una vida evangélica sencilla. Esa elección clave y la consecuente vivencia de ella por parte de Domingo y de quienes lo seguían, ha dado forma para siempre a la comprensión dominicana de la predicación. A través de esto, Domingo ha demostrado que el contexto esencial para la predicación Evangélica es la vivencia evangélica a imitación de Cristo, el predicador por excelencia. Edward Schillebeeckx, de acuerdo con esto ha señalado muy bien que "la fidelidad a la praxis de vida de Jesús mismo" es precisamente "fundamento de una proclamación del Evangelio llena del Espíritu" pues es sólo a la luz de la experiencia evangélica que cualquier cristiano tiene derecho a proclamar la Buena Noticia.

Un estilo de vida evangélica

Tomando a Jesús como modelo según se presenta en los Evangelios, descubrimos que un estilo de vida evangélica tiene **tres dimensiones esenciales**. Reflexionemos sobre ellas en la medida en que se relacionan con nuestra vocación Dominicana.

a) Una vida de sencillez

Cuando hablamos de una vida **sencilla** tenemos en mente una **vida libre de cosas superfluas de cualquier clase**. Cuando Domingo decidió permanecer en Francia y dedicar su vida a la predicación del Evangelio, se dio cuenta rápidamente de que la razón por la cual los abades cistercienses, que habían estado trabajando en la zona durante algún tiempo, no habían logrado nada, era su modo lujoso de vida. Una de las primeras acciones de Domingo, por eso, fue deshacerse de sus caballos y otras posesiones innecesarias y así poder vivir pobremente.

Desde ese momento en adelante la pobreza evangélica ha estado íntimamente conectada con la predicación evangélica en la comprensión dominicana de la misión. "Predicación en la pobreza" es como fue descrita la tarea de la Orden en la Bula Papal de aprobación. Nuestra pobreza, consecuentemente, es para bien de nuestra predicación y nunca es un fin en sí. Al escribir esta condición en las Constituciones Primitivas, Domingo se inspiró en el capítulo diez del evangelio de Mateo, donde Jesús al enviar a sus discípulos a anunciar la Buena Noticia, les dice que no lleven con ellos nada más que lo esencial.

Estar libre de todo equipaje innecesario (lo que es una manera de describir la pobreza) debe ser una característica de la predicadora dominica. Santo Tomás ha definido la vida de un predicador como una vida en la cual se abandona todo para ir por todo el mundo anunciando y predicando el Evangelio.

b) Una vida de compasión

La segunda característica de la praxis de Jesús que se nos pide como predicadoras del Evangelio es **la**

compasión por todo el que sufre. Domingo tuvo esa compasión. Se nos cuenta que estaba siempre alegre, su cara siempre feliz y radiante, excepto cuando se encontraba con cualquier clase de sufrimiento. Muchos biógrafos singularizan la compasión como la cualidad que más caracterizaba a Domingo. A causa de esto, su tarea y la nuestra se describe en términos de predicar un Evangelio de misericordia. Como en ningún período de la historia nuestro mundo angustiado necesita oír el Evangelio de la misericordia. Nosotras dominicas seremos conscientes, por lo tanto, de que en nuestro ministerio de predicación, la palabra que sobre todo debe ser proclamada es la palabra de la compasión. Al dirigirse a las dominicas el Padre de Couesnongle sugiere que dentro de la Orden, las mujeres están particularmente capacitadas para esta tarea. Él nos pregunta "¿es la misericordia realmente una fuerza vital entre nosotros?... ¿una fuerza enraizada profundamente en nosotros, una inquietud profundamente sentida? ¿Es algo que nace de la tristeza humana y nos atrapa, sacándonos de nuestras costumbres normales, nuestro modo común de vida, obligándonos a cambiar nuestra conducta y provocando insomnio en la noche? El mundo moderno está clamando por este mensaje.

¿Cómo se manifestarán la misericordia y la compasión? Para comenzar, en un mundo donde hay tanta injusticia y opresión, se pedirá a las dominicas que se pongan al lado de aquellos que sufren y que tomen su causa como algo propio. De esta manera, las mujeres podremos mirar más allá de nuestra propia liberación de la opresión hacia la liberación de todos los oprimidos. En realidad, cualquier experiencia de opresión nuestra puede provocar un nuevo entendimiento de los mecanismos sutiles que destruyen a la gente en nuestra sociedad y una identificación con todos los oprimidos del mundo. Si nos faltan ese entendimiento e identificación, entonces necesitamos acercarnos aún más a aquellos que sufren para ver mejor su sufrimiento. Es precisamente la virtud de la compasión la que nos capacita para acercarnos aun intuyendo que lo que está allí nos perturbará.

Como predicadoras sensibles del Evangelio las dominicas somos llamadas a ayudar en el proceso de liberación de todas las mujeres. Al hacerlo, vamos a encontrarnos involucradas cada vez más en situaciones donde, desde un profundo sentido de compasión y solidaridad, no podremos contenernos sino que más bien seremos impulsadas a hablar proféticamente.

c) Una vida de disponibilidad

En tercer lugar, un modo de vida evangélica se caracteriza por una actitud de disponibilidad hacia los otros. Santo Tomás describe el estilo de vida de Jesús como de constante disponibilidad a todos los que lo necesitaban. Me gustaría relacionar lo que tengo que decir aquí sobre la disponibilidad evangélica con la predicación itinerante en nuestra Orden Dominicana. La predicación itinerante, que se modela en la vida de Jesús y sus discípulos que iban de un lugar a otro llevando la Buena Noticia de salvación, implica un deseo de no establecerse, de estar siempre dispuestos a ir a nuevos lugares de predicación.

Buscar a aquellos cuyos lamentos oímos y estar dispuesta a caminar compasivamente con ellos, es una forma de predicación itinerante para la cual las dominicas somos muy idóneas, y en la cual ya estamos comprometidas. Caminar un tiempo junto con otro ser humano necesitado, en la compasión y la solidaridad, seguramente forma parte de la tarea y privilegio del predicador itinerante.

A veces, cuando compartimos parte de su camino con otra persona desde la compasión puede parecer casi lo opuesto a ser itinerante, porque puede significar estar presente aun cuando hay poco que podamos hacer. Pienso que las mujeres lo hacemos bien. En muchas situaciones de la vida, especialmente las confusas, las dolorosas, las que nos dejan sentimiento de impotencia, a las mujeres nos resulta fácil estar allí, en la misma impotencia, sufriendo en solidaridad con los demás, disponibles a dar una palabra de esperanza y consuelo cuando pueda ser escuchada. Los varones tienden frecuentemente a apartarse de estas situaciones cuando descubren que no pueden hacer nada. Esto es exactamente lo que sucedió en el momento de la Resurrección. Hombres y mujeres, ambos, vinieron al lugar donde Jesús había sido sepultado. Los hombres vieron la tumba vacía y se fueron; Jesús no estaba allí, no había nada que pudieran hacer. María Magdalena también vio la tumba vacía, pero ella se quedó. Se quedó en el lugar, triste, sin fuerzas, tal vez sintiendo un poco de desesperanza, queriendo estar cerca del lugar de sufrimiento de Jesús. Y ella fue la que lo encontró y a quien le fue dada una palabra de esperanza y alegría para transmitir a los otros discípulos.

La conciencia teológica

Un estilo de Vida Evangélica que se expresa en la sencillez, la compasión y la disponibilidad es entonces el primer y más importante criterio para toda predicación dominicana auténtica. Pero hay también otro criterio, llamado, **conciencia teológica**. Domingo actuó en base a este criterio cuando con sus primeros compañeros

golpeó la puerta del teólogo inglés, Alexander Stavensby, en Toulouse y pidió aprender del maestro. Domingo siendo ya un predicador de experiencia y conocimiento, sabía que para ser fiel a este llamado necesitaba aprender y estar abierto a nuevas ideas toda su vida. En el pasado, a causa de la falta de competencia teológica, las mujeres, como también los hombres laicos, han sido excluidas de la predicación. Pero, en estos días, cuando esa competencia es accesible para todos, es posible para las mujeres cumplir también esta condición, y así ser predicadoras del Evangelio. Este hecho establece un nuevo desafío, como también una nueva invitación, a las mujeres de la Orden. Y si queremos predicar una palabra relevante a nuestros contemporáneos, necesitamos, también, hacer de las situaciones de vida, las propias y las de los demás, una fuente de nuestra teología.

Esta manera de hacer teología que, además de los libros, tiene como herramientas una fe viva y una capacidad para reflexionar sobre lo que está sucediendo en nuestra vida diaria y la de los otros es un modo idóneo para nosotras como mujeres. Al no pertenecer al estado clerical y por ser mujeres muy frecuentemente tenemos más acceso directo a muchos lugares donde la vida, con su dolor y alegría, se está viviendo en un nivel profundo.

No olvidemos nunca, no obstante, que aun cuando hagamos nuestra propia teología en medio de la vida donde Dios está trabajando, también podemos aprender de aquellos a quienes hablamos porque ellos también pueden hacer teología.

Dimensión contemplativa

Al principio describí al predicador como aquel que sabe que le ha sido confiada la Palabra de Dios para los otros. Hasta ahora nos hemos concentrado en la parte de "para los otros". Pero antes de concluir necesitamos mirar más de cerca el resto de la frase: "un predicador es aquel que sabe que le ha sido confiada la Palabra de Dios". El Maestro Eckhart dice: "La única palabra que cualquiera de nosotros puede predicar es la Palabra que ha nacido dentro de nosotros, la palabra que hemos recibido y hemos oído en la profundidad de nuestro ser".

La única palabra que podemos predicar es por lo tanto la palabra que ha encontrado un hogar dentro de nosotros porque la hemos recibido bien, la hemos meditado y contemplado en el silencio de nuestros corazones. Esta comprensión nos alienta a atender la **dimensión contemplativa** de nuestras vidas como predicadoras: la dimensión que nos enraíza en los lugares profundos de Dios y de nosotras mismas en Dios, y nos abre para recibir la Palabra de Dios.

Esa Palabra nos llega en la Escritura, en la oración, en los lugares secretos de nuestro corazón, en la Liturgia, a través de otras personas y en los eventos de nuestra vida diaria. Dios está siempre diciéndonos esa Palabra, si tenemos corazones atentos a oírla.

Nuestra historia dominicana comenzó en el pasado con Domingo y ahora va apresuradamente hacia el futuro. ¿Cómo será ese futuro? Verdaderamente no podemos controlarlo pero podemos con optimismo darle una dirección. Podemos hacer esto abrazando hoy el llamado que es nuestro como mujeres dominicas: **ser predicadoras contemplativas y teológicamente reflexivas que vivamos evangélicamente mientras nos volvemos hacia los otros en la compasión y la disponibilidad.**

Esta tarea es grande y ninguna puede hacerla sola. Nos necesitamos unas a otras hasta para tener el valor de intentarlo. Pero podemos hacerlo juntas mientras nos movamos en el futuro, llamémonos constantemente las unas a las otras y apoyémonos unas a otras en ello.

Cuando Domingo fundó las primeras casas de la Orden se conocían, cada una de ellas, como "la predicación de Jesucristo". Cada comunidad formaba tal predicación. Hoy, cada una de nuestras comunidades, como así también toda la Orden Dominicana puede solamente ser genuina y definir su futuro preferido, si se transforma (para nuestro mundo), en una predicación de Jesucristo.

Si todas nosotras tratamos de ser esto, luego al final de nuestras vidas, a la pregunta: "¿Has intentado ser lo que fuiste llamada a ser?" podremos responder: "Sí, lo he intentado".